

UNA IGLESIA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA

LECTURA DE FONDO



Cuando recitamos el Credo de los Apóstoles, decimos: “creo en la santa Iglesia católica”. Esto significa que creemos que Jesús estableció una Iglesia santa para toda la humanidad. Esto no sugiere que las otras religiones o denominaciones (sobre todo las denominaciones cristianas) no contengan algunos elementos de la verdad. Lo que significa es que, según el Decreto sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II: “Solamente por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es auxilio general de la salvación, puede conseguirse la plenitud total de los medios salvíficos”.

Las cuatro marcas (atributos o características) de la Iglesia, es decir, que es una, santa, católica y apostólica, nos indican que la Iglesia Católica es la Iglesia que Jesucristo fundó. Jesús le dio a la Iglesia estas características por medio del Espíritu Santo.

La Iglesia es santa

La Iglesia es santa porque su fundador, Jesucristo, es santo y porque la Iglesia existe para traer a toda la gente la salvación en Jesucristo mediante los Sacramentos. Esta marca de la Iglesia no significa que todos los seres humanos imperfectos que forman la

Iglesia viven una vida santa. El Papa Pablo VI explicaba que la Iglesia es santa, “aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma”. La Iglesia también es santa porque su misión, que es llevar a toda la humanidad a la salvación en Cristo mediante los sacramentos, es santa.

La Iglesia es católica

La palabra católica significa universal, en el sentido de ser total e integral. La Iglesia es total e integral porque Cristo siempre está presente en ella. San Ignacio de Antioquía dijo: “Donde está Cristo, ahí está la Iglesia católica”. Primero, a la Iglesia se le ha dado la plenitud de la verdad y es el único medio para alcanzar la salvación. Segundo, la Iglesia es total e integral porque Jesús estableció su Iglesia para toda la raza humana. Jesús dijo: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos” (Mateo 28, 19).

La Iglesia es apostólica

Decimos que la Iglesia es apostólica porque Jesucristo la fundó sobre los Apóstoles

y continúa gobernándola mediante sus sucesores, los obispos. Jesús nombró obispos a los primeros Apóstoles en la última Cena, y les compartió su poder sagrado para celebrar la Misa y administrar los Sacramentos a todos los cristianos. Luego, los Apóstoles transmitieron estos sagrados poderes y tradiciones a los hombres mediante el Sacramento del Orden. Esos hombres han continuado este proceso en una línea ininterrumpida hasta nuestros días. Es por esto que podemos decir que los obispos católicos actuales son los sucesores de los Apóstoles. El obispo de nuestra diócesis fue consagrado por un obispo quien, a su vez, fue consagrado por un obispo quien fue consagrado por un obispo (y así sucesivamente, por más de cien generaciones), quien fue consagrado por uno de los Apóstoles, quien fue consagrado por Cristo en la última Cena.

La Iglesia es una

La Iglesia es una porque proviene de la Trinidad, que es una. El Espíritu Santo unifica a todos los creyentes entre sí y en Cristo. Esta misteriosa unidad es “la esencia misma de la Iglesia” (CIC 813). Esta marca también se refiere a la unidad de la creencia, culto y liturgia y gobierno de la Iglesia. La Iglesia católica siempre ha enseñado las mismas doctrinas y los católicos pueden estar “en casa” como parte de la familia de Dios en la Misa y en los Sacramentos en cualquier lugar del mundo. El idioma oficial de la Iglesia, el latín, es un idioma universal e inalterable. Tercero, la Iglesia católica es una al estar sometida a la autoridad de Jesucristo. Cristo prometió “un solo rebaño con un solo pastor” (Juan 10, 16). Cristo es la cabeza invisible de la Iglesia y el Papa es el representante de Cristo en la tierra, la cabeza visible. Los obispos y los

sacerdotes están unidos al Papa para formar un solo gobierno en la Iglesia de Cristo.

La comunión de los santos

La singularidad de la Iglesia incluye la manera en la que los cristianos están unidos por el Espíritu Santo en el Cuerpo Místico de Cristo. Como las almas viven eternamente, el Cuerpo de Cristo incluye a aquellos que han muerto. Esta solidaridad entre los tres estados de la Iglesia (los cristianos que viven en la tierra, los santos en el cielo y las almas del purgatorio) es uno de los significados del término “comunión de los santos”. “[Algunos] de sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es” (Lumen Gentium 49).

Lo que es más importante, la comunión de los santos describe también que todos los miembros de la Iglesia están unidos mediante los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía. La Eucaristía representa y propicia esta comunión.

Entre los miembros de este cuerpo, las acciones de uno afectan a todos los demás. San Pablo escribe en 1 Corintios 12, 16: “Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro recibe honores, todos se alegran con él”. Podemos orar unos por otros y soportar los sufrimientos de los demás, pero también dañamos esta comunión cuando pecamos. Todos los que forman parte de la familia de Dios en el cielo, en el purgatorio y en la tierra compartimos todo lo bueno que existe, sobre todo lo que Jesús nos ha merecido. Aprenderemos más sobre el cielo, el infierno y el purgatorio en la siguiente lección que trata sobre la vida eterna.

¡AMÉN! ¡VEN SEÑOR JESÚS!

LECTURA DE FONDO



En esta última lección del año, analizaremos brevemente los últimos tres artículos del Credo. En los artículos diez, once y doce, profesamos creer en el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

El perdón de los pecados

Solamente Dios puede perdonar los pecados. Cristo limpia nuestro pecado original y todos nuestros pecados personales en el Bautismo. Él dio el Espíritu Santo a los Apóstoles, otorgándoles su propio poder para perdonar los pecados e instituyendo así el Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación: “Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos” (Juan 20, 22-23). Otros Sacramentos, incluyendo la Unción de los Enfermos y sobre todo la Eucaristía, perdonan los pecados. Estudiaremos más a fondo los Sacramentos en el segundo volumen de este programa. Por ahora, nos enfocaremos en la verdad de que no hay pecado tan terrible que sea más poderoso que Dios o más fuerte que su deseo de perdonarnos, si pedimos su misericordia con un corazón arrepentido.

La resurrección del cuerpo

Cuando decimos que creemos en la resurrección del cuerpo, significa que no solamente nuestras almas vivirán eternamente, sino que también nuestros cuerpos físicos lo harán. Como hemos aprendido, nuestra muerte corporal es una consecuencia del pecado original. La muerte es el fin de la vida en la tierra y nos permite participar en la muerte de Cristo, para que también podamos compartir su Resurrección. Jesús venció a la muerte por su Muerte y Resurrección, y en su Resurrección está nuestra esperanza. “El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día” (Juan 6, 54). En el último día, Cristo resucitará de entre los muertos los cuerpos de todas las personas y los reunirá con sus almas.

La vida eterna

Cuando decimos que creemos en la vida eterna, significa que la vida dura para la eternidad, ya sea en el cielo o en el infierno. Cuando vivimos en la tierra, podemos elegir aceptar o rechazar la gracia de Dios. A la hora de nuestra muerte seremos juzgados y entraremos al cielo (mediante la purificación

o directamente) o al infierno. Esto se conoce como el juicio particular. San Juan de la Cruz dijo, “En el atardecer de la vida, seremos juzgados en el amor”.

Aquellos que mueren en gracia de Dios vivirán por siempre en la gloria del cielo: la vida perfecta con la Santísima Trinidad, la Virgen María, los ángeles y los santos. La gloria del cielo se llama “visión beatífica” porque podremos contemplar a Dios tal cual es. “En el momento presente vemos las cosas como en un espejo, confusamente, pero entonces las veremos cara a cara” (1 Corintios 13, 12). “Verán su rostro” (Apocalipsis 22, 4). A diferencia del placer o la satisfacción terrena, que es temporal, en el cielo se satisfará nuestro deseo de ser satisfechos. “El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (CIC 1024).

Algunas personas llegarán al cielo pasando antes por el purgatorio. El Catecismo explica: “Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo” (CIC 1030). Desde el inicio de la Iglesia, los cristianos han ofrecido oraciones y sacrificios por las almas de los difuntos, incluyendo la santa Misa, para que puedan ser purificados y alcanzar la visión beatífica.

Aquellos que han decidido rechazar el amor misericordioso de Dios vivirán por siempre en el estado de separación eterna. “Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la

comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra ‘infierno’” (CIC 1033). Dios no elige a ciertas personas con anticipación para enviarlas al infierno. Por el contrario, Él desea que toda la humanidad se aparte del pecado y viva con Él en el cielo para toda la eternidad. Una persona va al infierno solo cuando ella elige conscientemente apartarse de Dios y continúa así hasta el final de su vida.

Los secretos del corazón de cada persona y la justicia y misericordia de Dios se nos revelarán en el Juicio final. “Llegará el día del Señor como hace un ladrón, y entonces los cielos se desarmarán entre un ruido ensordecedor, los elementos se derretirán por el calor y la tierra con todo lo que hay en ella se consumirá” (2 Pedro 3, 10). En este día, todos los que han muerto resucitarán de nuevo. Las personas que ya han recibido un juicio particular, entrarán físicamente a su destino final: el cielo o el infierno. “Cristo glorioso, al venir al final de los tiempos a juzgar a vivos y muertos, revelará la disposición secreta de los corazones y retribuirá a cada hombre según sus obras y según su aceptación o su rechazo de la gracia” (CIC 682). El Reino de Cristo vendrá en toda plenitud.

Amén

La palabra amén proviene de la misma raíz hebrea que “creer”. Se traduce al español como “así sea”. Cuando finalizamos una oración con la palabra amén, expresamos que estamos de acuerdo con lo que se ha dicho. Por lo tanto, amén expresa a la misma vez la promesa de Dios y la fe que nosotros tenemos en esa promesa.

Esa promesa y su cumplimiento es la historia que hemos seguido durante todo

el año. El “final” de esa historia llegará cuando Dios abra completamente la puerta del Reino, de acuerdo con el plan de Dios con Cristo como su cabeza. La maravillosa descripción de cómo será el Reino de Dios al final de los tiempos se encuentra en el libro del Apocalipsis, capítulo 21. “Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existe ya. Y vi a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia que se adorna para recibir a su esposo. Y oí una voz que clamaba desde el trono: ‘Esta es la morada de Dios con los hombres; Él habitará en medio de ellos; ellos serán su pueblo y Él será Dios-con-ellos; Él enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte ni lamento, ni llanto ni pena, pues todo lo anterior ha pasado’. Y el que estaba sentado en el trono

dijo: ‘Ahora todo lo hago nuevo’. Luego me dijo: ‘Escribe, que estas palabras son ciertas y verdaderas’ Y añadió: ‘Ya está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed yo le daré de beber gratuitamente del manantial del agua de la vida. Esa será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él y él será hijo para mí” (Apocalipsis 21, 1-7).

Una vez más, Dios morará con su pueblo. En la plenitud del Reino de Dios no habrá más pecado. ¡Toda la enfermedad y el sufrimiento pasarán y la muerte será vencida! El mismo Dios enjugará cada una de las lágrimas de nuestros ojos. Sus promesas se cumplen en Cristo Jesús, quien adopta y completa nuestro “amén”.

El que da fe de estas palabras dice: “Sí, vengo pronto”. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia del Señor Jesús esté con todos (Apocalipsis 22, 20-21).

¡A celebrar!

SANTA CATALINA DE SIENA
29 DE ABRIL

—*Sé quién Dios te ha destinado a ser y
prenderás el mundo en llamas.*
—*Santa Catalina de Siena*



**COSAS PENDIENTES
PARA ESTE MES:**

- 1** La fiesta de San Jorge es el 23 de abril. Encuentre la Bahía de San Jorge cerca de Beirut en un mapa, y junto con sus hijos traten de descubrir por qué la bahía lleva su nombre.
- 2** El memorial de Santa Catalina de Siena es el 29 de abril. Disfruten una comida italiana juntos y pídale a Dios que le ayude a discernir lo que Él le está pidiendo que haga.

VERSO DEL MES

APOCALIPSIS 21:5

El que estaba sentado en el trono dijo: “Mira que hago un mundo nuevo.”

¡RECUERDE!

Las cuatro marcas de la Iglesia son una, santa, católica y apostólica.


¡MEMORICE!

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su Hijo único, Nuestro Señor, que fue concebido por el poder del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, sufrió bajo Ponce Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. De allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. AMÉN.




Conversaciones


EN EL COCHE

— — — — —  — — — — —

¡La primavera está aquí! Mientras conduzca, mire a su alrededor y señale los signos de una nueva vida. Conecte las flores nuevas a la promesa de una nueva vida en Cristo.

— — — — —  — — — — —

Estamos en el camino a algún lugar ahora en este coche. ¿A qué lugar estamos “en el camino” en esta vida? **¡Hablen acerca de cómo estamos en el camino hacia el cielo!**

— — — — —  — — — — —

Si sabe que un camino lleva a algún lugar importante, ¿lo trata como cualquier otro camino o lo cuida mejor? ¿Por qué? **¿Qué nos enseña sobre cómo cuidar de nuestros propios cuerpos y de toda la creación de Dios?**